

	MES	TRIMESTRE
Madrid	10	30
Provincias	12	34
Extranjero	24	70
En las Antillas	24	90
Filipinas	24	100
Número suelto, un real.		

Se insertan anuncios á razón de 25 céntimos línea y precios convencionales según las circunstancias de los mismos. También se admiten remitidos y comutaciones á precios igualmente convencionales.

El Eco de España se publicará todos los días excepto los de los lunes y las grandes festividades del año.

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO

AÑO IV.

MADRID.—Sábado 20 de Setiembre de 1873.

NÚM. 1.099

CRÓNICA PARLAMENTARIA

La suspensión de las sesiones de la Asamblea Constituyente será hoy un hecho si en la reunión que debe celebrarse esta mañana la mayoría en el Senado consigue resolver la rivalidad que ha surgido entre los Sres. Cervera y Palanca, empeñados ambos en obtener la primera vicepresidencia. Si no se pudiera resolver esta mezquina cuestión que da la medida de lo elevado de los caracteres que ha traído la república á este Congreso, el más impotente y el menos autorizado de cuantos se han sucedido en el largo catálogo de los que vienen rigiendo al país desde la revolución de Setiembre.

Comprendemos que el Sr. Castelar se lamentase anteayer de la disolución del último Congreso monárquico. En verdad, comparando aquellas Cortes, hechura de Martos y Ruiz Zorrilla, con las actuales, el presidente del Gobierno debió opinar que el régimen parlamentario en España va de mal en peor.

En efecto, la república que, según la poética expresión del Sr. Castelar debía producir grandes talentos brotando como las flores al calor del nuevo sol, ha burlado sus esperanzas. La esterilidad más desconsoladora ha dado de sí el campo federal, tan cuidadosamente labrado y abonado durante largos años por los asiduos trabajos del infatigable cultivador que no halla la recompensa que debía esperar á sus afanes.

Grande será la decepción sufrida, inmenso el desengaño, cuando brotando sangre su corazón y amarga hiel sus labios dejaba escapar el señor presidente del poder ejecutivo en la memorable sesión de anteayer, estas graves palabras: «Si algo siento yo, es que, excepto el general Novallas, y quizá algún otro cuyo talento militar y organizador son conocidos de todos los generales republicanos, venidos casi todos del campo monárquico, hayan sido los que se han levantado contra la república, contra la patria, y hayan desgarrado el seno de esta nación, y hayan escupido y manchado y abofeteado todo nuestro ideal.»

¡Ah! si el Sr. Castelar pudiera desarrollar por completo su pensamiento acerca de la opinión que le merecen los hombres civiles de la república como lo ha hecho acerca de los militares á ella adheridos. Cuántas verdades amargas oírían los que engreídos por injustificados encumbramientos se creen llamados á regenerar una sociedad que no necesita otra regeneración que la paz y el orden, abandonando los modernos reformadores esa serie de experiencias inútiles ó perniciosas con que vienen atormentándose desde que se han empeñado en hacerla feliz á su pesar.

¡No es, sin embargo, una confesión cumplida la que hace el Sr. Castelar abandonando el concurso de una Asamblea que debiera ser su principal apoyo? ¿Cabe dudar que si el Gobierno considerase útil y eficaz para la república la continuación de las sesiones como medio de robustecer sus fuerzas, arrojaría lejos de sí como inútil ó peligroso un cuerpo legislativo representante genuino del partido republicano? No, no abandonaría el Sr. Castelar á la Asamblea si este cuerpo fuese un auxilio, pues el Gobierno, como ha dicho repetidas veces el Sr. Castelar, necesita del apoyo de todos; arroja de sí á la Asamblea como se tira lo que estorba, lo que entorpece la marcha hacia los fines elevados y patrióticos que reconocemos en el señor Castelar y que persigue ardentemente con la fe del amante hijo de España mejor que con el ardor calenturiento del sectario político.

Si alguna duda podía abrigar todavía el presidente del poder ejecutivo respecto de la impotencia de una Cámara cuyo peso no debería servir sino para retardar y entorpecer su carrera, bastóle sin duda fijar su atención en las escandalosas escenas de que fué teatro en la

tarde de ayer el palacio de la representación nacional.

Unos pocos diputados de la izquierda, algunos de ellos comandantes de los cuerpos de voluntarios de esta capital, faltando al respeto debido al elevado cargo que desempeñan, á la dignidad de las Cortes y á la autoridad de su presidente, promovieron una escena indescribible que resumió en el extracto de la sesión. En el salón donde han resonado los acentos de nuestras eminencias parlamentarias; en los mismos bancos ocupados en tiempos más felices, por hombres que tenían conciencia de la alta misión que representaban; ante una presidencia ocupada en la edad de oro de nuestras legislaturas por Martínez de la Rosa, Mon, Argüelles, Pidal y tantos otros varones ilustres cuyos nombres emaltan las páginas de nuestra historia constitucional, unos pocos delirantes demagogos, faltos hasta de la conciencia del daño que con su inefable actitud causan al sistema republicano, fueron osados á señalar con una ignominia más, los últimos momentos de la agonizante Asamblea.

Ante las desordenadas exigencias de aquellos energúmenos, ante las sangrientas amenazas que brotaban de sus labios, ante el delirio de aquellas conturbadas inteligencias que se complacían en demoler su obra, la república debió llorar con lágrimas de sangre las discordias de sus hijos y el Sr. Castelar debió afirmarse más y más en su resuelto propósito de salvar á la patria aun cuando se hunda la república.

UN ALBOROTO MAS

Ayer como víspera de la despedida de los diputados hubo en las Cortes el correspondiente alboroto. Como siempre, el altercado comenzó por reclamaciones contra la presidencia, á consecuencia de la pregunta del Sr. Estévez acerca de si se trataba ó no de disolver los batallones de voluntarios de Madrid. Tomó el asunto las proporciones de costumbre, y se apeló al recurso supremo de celebrar sesión secreta para tratar de lo que se había de hacer en vista de ciertas inconveniencias cometidas en el calor de la contienda. Por la vía reservada se ha sabido que en la sesión secreta acabó todo en paz, de lo cual nos alegramos.

De suponer es que hoy se reproduzca el espectáculo y termine el período de las Cortes Constituyentes de la república con mucha más animación que la que ha habido en los dos últimos meses, en los cuales, á decir verdad, no han sido grandes ni el entusiasmo por la república, ni el afán por dotarla de una Constitución, que es lo principal á que habían venido los diputados.

Hace más de tres meses y medio se reunieron por vez primera en el Congreso y apenas podían contener su impaciencia por llegar á constituirse, pues todo su afán era proclamar, teniendo ya el carácter de Cortes Constituyentes, la república federal, que era la aspiración suprema de su vida. Constituyéronse, por fin, el 8 de Junio y todos á una voz y como por inspiración, gritaron ¡viva la república federal! creyendo y quedando muy satisfechos de que con ello habían establecido ya esa forma de Gobierno, que sólo habría de poderse establecer en Cartagena y mantenerse á costa de los pueblos vecinos.

Porteriormente, y en vista de los resultados, el Sr. Pi y Margall ha dicho en el Congreso que aquello fué un desatino y que no debió haberse proclamado tal república; sino haber procurado establecerla y consolidarla, cosa que estaba muy lejos de pensar que pudiera ya nunca suceder. El Sr. Pi es en el asunto una autoridad irrecusable y nada hay que decir contra su triste pronóstico respecto del porvenir de la república federal.

Las actuales Cortes, es decir, las que hoy celebran su probablemente última sesión, comenzaron el 8 de Junio su vida, gritando: «¡Viva la república federal!» y concluyen hoy 20 de Setiembre con el presentimiento de la próxima é inevitable muerte de la república, á la cual dijo anteayer un diputado y fecundo orador, que se le ponía «una piedra sarcástica sobre la tumba.»

Mucho han variado los tiempos en tres meses: nadie ha combatido á la república, nadie ha contribuido á su muerte, pues los partidos que debieran haberla combatido, han hecho cuanto han podido para que prolongara su existencia. ¿Quién, pues, ha sido causa de su muerte? ¿Qué clase de excesos han contribuido á precipitar su fin? Solo la han rodeado sus íntimos amigos y apasionados defensores, nada le ha impedido vivir como ha tenido por conveniente; su salud era robusta, su complexion vigorosa y estaba destinada á vivir perpetuamente: ahora todos prevén su muerte, y los más desprecupados y menos aprensivos no tienen reparo en decir, con la indiscreción de unos muchachos, que se muere sin remedio. ¿Qué ha sucedido, ó qué sucede para que se haga tan funesto pronóstico?

Las Cortes se disuelven de hecho, marchando cada cual por donde había venido, y se disuelven sin haber hecho un artículo siquiera de la Constitución. Es un síntoma ó más bien una demostración del convencimiento de los más fervientes republicanos: bien mirado, para que se ha de hacer la Constitución si no ha de vivir la república? Esta sola prueba de buen criterio basta para disculpar á esas Cortes de todos los errores en que hayan podido incurrir.

Unas Cortes Constituyentes cuyos diputados vuelven á los pueblos sin haber constituido nada, son una gran prueba para los pueblos, que, como decía el Sr. Castelar, juzgan por los hechos y no por las teorías. ¿Qué república es esta que no ha conseguido siquiera que se le haga una Constitución, más fácil de hacer que un buñuelo, y que después de haber sido tan victoreada, es absolutamente desahuciada por los republicanos, que la abandonan á su desgraciada suerte? ¿Es esa república la que ha de sustituir á una monarquía de quince siglos?

Las sesiones de esas Cortes concluyen con un alboroto más sobre los muchos que se han presenciado en la legislatura. Es muy natural, y sería de desear que no hubiese otros más trascendentes, ni fuesen mayores los disturbios para llegar á la agonía de la república. Sería de desear que en Cartagena no ondease la bandera roja ni estuviesen nuestros mejores buques en poder de aquellos insurrectos, haciendo expediciones á los pueblos de la costa, ni que amagasen nuevas insurrecciones, ni hubiese de quedar esquilmada la Nación antes de verse libre de la plaga que la afige desde hace cinco años y muy especialmente desde hace siete meses.

Mas si al fin ha de suceder, que suceda pronto, que por bien pasado y sufrido se pueda dar siendo el último; así como se puede perdonar y aun aplaudir el de ayer y el que hoy se pudiera presenciar en gracia de ser el último de las actuales Constituyentes. ¿Con qué satisfacción le hemos de recordar, si es el último!

VAYAN BENDITOS DE DIOS

Las Cortes federales han suspendido sus sesiones y dado tregua á sus imprecables tareas revolucionarias, hasta el año venidero que podrá ser el de 1874 ó el de 1900, ó nunca, como prudentemente puede suponerse, y es la creencia general.

En su sesión de anteayer que duró muchas horas y que puede considerarse como sesión de

despedida, han rebelado los diputados constituyentes, que son impotentes para constituir el país, para restablecer el orden y para dominar á las facciones y poner término á la guerra civil, así en la Península como en Ultramar, que son una rémora y un obstáculo insuperable para emprender una política fecunda y una marcha salvadora, que sólo se ocupan de cuestiones secundarias ó parciales; que se inspiran en sus odios, rivalidades y mezquinas pasiones y no en el interés de la patria hoy profundamente comovida y perturbada y que con ellos es imposible todo Gobierno.

Vayan en hora buena á descansar de sus fatigas los diputados federales y quiera Dios que no vuelvan á reunirse porque sería señal infalible de que la pobre España está condenada á no tener paz, ni orden, ni Gobierno y á vivir en completa anarquía, entregada á los horrores de la guerra civil, á los delirios de la revolución, al imperio de la demagogia y al furor implacable de las facciones.

Nada esperaba de bueno el país de una Asamblea republicana, cuyo triste horóscopo estaba en conciencia de todos, pero no por eso será menos severo el juicio que su conducta merece á sus contemporáneos y habrá de merecer á la posteridad. Su oración fúnebre y á la vez su sentencia, fué pronunciada en la sesión de anteayer por los oradores que tomaron parte en ella, así de la mayoría como de la minoría.

Todos estaban conformes en que no había hecho nada bueno, se entiende, y si mucho malo ó poco conveniente; estamos conformes; y esa confesión nos releva de pruebas que por otra parte no son necesarias, porque la opinión está unánime dentro y fuera de España en condenarla, y la ha condenado ya sin apelación.

Ha hecho mucho malo; ha fomentado constantemente todas las pasiones revolucionarias y todos los instintos demagógicos; ha protegido la anarquía; y anulado el prestigio de la autoridad, y ha impedido sistemáticamente la reorganización del ejército y restablecimiento de la disciplina, con la cual ha fomentado la guerra civil y cooperado indirectamente al aumento de las facciones.

Eso es lo que ha hecho la Asamblea federal; no ha podido darnos la federación que ha abortado ante la oposición unánime del país, que ha visto en ella la muerte de la patria y la disolución de la sociedad; pero en cambio nos ha legado con los horrores de un ensayo desastroso y funesto, todas sus deplorables consecuencias é inevitables catástrofes.

La federación es ya imposible; pero la revolución queda en pie, y la revolución es impotente para vencer al carlismo, y para sofocar la insurrección demagógica-socialista de Cartagena, donde están reunidos los corifeos de la intransigencia federalista, del comunismo y de la Internacional, apoyados por separatistas de Barcelona, por los intransigentes de Madrid, por los filibusteros de Cuba y de los Estados Unidos de América, y por los centros revolucionarios de Europa, para hacer desaparecer el nombre de España del catálogo de las naciones, por medio de un desmembramiento cantonal, que la convertiría en una confederación de repúblicas infinitesimales, emblema de anarquía y foco de perturbación para toda la Europa.

Vayan, pues, benditos de Dios los diputados federales á cuidar de sus familias y haciendas, si es que las tienen, mejor que han cuidado de los intereses y de la honra de la patria; y ojalá que arrepentidos de sus funestos errores y pesados de los grandes males que han ocasionado al país, procuren remediarlos en lo posible, aconsejando á sus comitentes, paz, orden y reparo, y sobre todo, juicio y patriotismo, en vez de persistir en sus locas aspiraciones y descabellados propósitos de nivelación

social, de anarquía permanente y de independencia cantonal.

Bueno fuera también que para subsanar las faltas que han cometido y el tiempo que tan lastimosamente han perdido en aventuras revolucionarias y en discusiones inútiles, se ocuparan en restablecer la paz, ayudando al ejército á sofocar la doble insurrección absolutista y demagógica; pero no abrigamos esa esperanza, pues sabemos hace mucho tiempo por una triste y dolorosa experiencia, que los revolucionarios son por lo común muy pródigos de palabras, pero sobrios y escasos en demasía, cuando se trata de obras ó sacrificios personales; muy altaneros y muy valientes en el Parlamento y en los clubs, donde no corren peligro alguno, pero prudentes en extremo cuando llega el momento de combatir.

En las Cortes y en el Gobierno no han hecho más que despropósitos, locuras y extravagancias. ¿Quiera el cielo que en los distritos no acaben de perturbar y consumir la ruina del país!

No desconocemos que una parte de la Asamblea, aunque embuida en los desvarios revolucionarios y fatalmente extraviada por esta causa, ha hecho laudables esfuerzos, aunque estériles, para combatir á las facciones, para restaurar el principio de autoridad y restablecer el orden á su manera y hasta cierto punto; pero ni ha hecho todo lo que hacer debiera para conseguirlo, ni ha tenido valor para imponerse á la minoría intransigente, ni se ha colocado á la altura de las circunstancias, ni ha sabido hacer Gobierno, por lo que es solidariamente responsable de todos los desastres y de todos los males inmensos que la conducta en general así de la Asamblea como del Gobierno han traído sobre esta infortunada Nación.

En otro lugar nos ocupamos de la noticia tomada de uno de nuestros colegas, relativa á la prisión de un jefe de la Guardia civil, por orden del director general de dicho cuerpo.

Como según nos han informado, el expresado jefe lleva ya varios días preso é incomunicado, sin que se le haya tomado declaración, no podemos menos de recordar que están aún vigentes los artículos 2.º, 3.º y 4.º del título I de la Constitución de 1869 y que las autoridades y jueces que en tal asunto entiendan, incurrir en la responsabilidad que para tales casos se establece en los artículos 8.º, 9.º y 10.º del mismo título.

La familia y amigos del interesado deben tener presente, que asimismo está en todo su vigor el art. 12 del expresado Código y que por lo tanto tienen espedita su acción, primero para reclamar la libertad del interesado y segundo para exigir el castigo del que indebidamente ordenó su prisión, toda vez que no tenía autoridad bastante al efecto.

El asunto del Sr. Hidalgo y Caballero, gobernador civil de esta provincia que ha sido, está ya como vulgarmente se dice, piciando en historia, pues al mismo tiempo que á este señor se le nombra consejero de Estado, se destierra cambiándole de destino al primer jefe de uno de los tercios de la Guardia civil de esta capital y á su ayudante, poniendo preso é incomunicado al jefe del otro tercio en las prisiones militares; por haber ambos obedecido las órdenes que por escrito les comunicó aquella autoridad. Los directores generales de las armas sólo tienen facultades para cambiar de unos cuerpos á otros y aun para dejar de reemplazo á los capitanes y subalternos, pero nunca á los jefes.

El director de la Guardia civil, sin embargo, parece que ha tomado por sí estas medidas, que eran de la atribución del Gobierno y del capitán general del distrito, que por su parte nada han hecho hasta ahora para poner remedio.

FOLLETIN.

DIONISIA

POR

MADAME BOURDON

(Continuación).

«Os digo que estéis tranquilos; vámonos hermosas. Subieron al coche; la niña gritaba, ¡Yo quiero quedarme con mamá! pero el coche partió á escape, y madame Villiers desahuciada, abatida, se refugió en la estufa donde estuvo sola todo el día. No se atrevía á andar por la casa; pues tenía ese vacío de la ausencia, que se parece á la muerte.

Por la tarde fué á su cuarto, pasando por el de Dionisia. Mademoiselle Ester estaba sentada delante de una mesa llena de lápices, difuminos y bosquejos. Al ver á madame Villiers, volvió la cabeza.

—Perdóneme, querida, dijo esta, si os he dejado sola todo el día; pero os hubiese hecho una triste compañía.

—Vuestra hija y vos estáis en mi pensamiento, contestó mademoiselle Villiers; ved aquí la prueba, dijo levantándose y presentando á madame Villiers un dibujo que acababa de terminar.

Era un retrato de Dionisia rápidamente hecho; pero de un parecido admirable.

Aunque había reproducido solamente la cabeza, como la de esos ángeles que los pintores colocan en las glorias de sus cuadros, lo había hecho, sin embargo, con tal perfección que, como vulgarmente se dice, parecía que estaba hablando, con aquella hermosa frente bien modelada y llena de promesas, aquellos hermosos ojos azules á los que tanta dulzura prestaban sus largas pestañas y aquella ingenua y cariñosa expresión de su rostro, que parecía decir

á su madre estas palabras escritas al pie del retrato:

Votée.

—¡Que alegría me proporcionas! exclamó madame Villiers sin levantar sus encandados ojos de aquella querida imagen. ¡Bien habéis comprendido, amiga mía, todo lo que la niña es para mí! ¡Oh, cuántas gracias os doy!

—Yo también la quiero, dijo dulcemente mademoiselle Ester, y entre las dos la educaremos como es debido.

—¡Con tal de que allí no me la echen á perder! ¡Dios quiera que no me roben su corazón! exclamó madame Villiers dejando leer en el fondo de su pensamiento.

—Su corazón es bueno, cariñoso y nosotras le haremos piadoso; le inclinaremos á Dios para que después cumpla con sus deberes y con sus afecciones.

—La posición de esa niña es tan difícil! Continuó madame Villiers siguiendo el hilo de sus ideas. ¡Entre un padre y una madre!

—Guerra á los dos sin juzgarlos.

—No temerá ser juzgada si lo fuese con justicia, contestó Carolina con cierto aire altanero; no tengo nada que reprocharme.

La institutriz dejó sin respuesta aquellas palabras, y cogiendo la mano de su antigua discípula, dijo: —Recomos nuestra oración de la tarde por Dionisia; para que Dios y sus ángeles la acompañen y nos la devuelvan.

III.

NUÉVOS PERSONAJES.

La noche, en el mes de Agosto, había entrado ya, cuando la silla de Posta, que conducía á Ursula y Dionisia, entró en el patio de la casa de madame Villiers, en Caen. Dionisia se había dormido con el movimiento del carruaje, descansando su cabecita sobre el hombro de la criada, que con curiosa atención buscaba las calles y las casas tan conocidas para ella y se esforzaba por reconocer amigos en las gentes que volvían del paseo.

Un resplandor hirió los ojos de Dionisia, los abrió, y se encontró á la puerta de una casa muy alumbreada; varias personas se agrupaban á su alrededor, un hombre le cogió en sus brazos, la llevó al interior de la casa, abrazándola fuertemente y diciendo: ¡Dionisia, hija querida! Esta no la había conocido; subió la escalera con ella prodigándosele siempre caricias que extrañaban á la niña, y entrando en un cuarto, depositó su dulce carga sobre las rodillas de una anciana señora. —¡Héla aquí, por fin! dijo.

La señora, que no era otra que madame Villiers, madre, rodeó con sus brazos el tallo de Dionisia, la estrechó como un tesoro perdido y vuelto á encontrar, cubrió de besos su frente y sus cabellos, mientras que Leon, arrodillado al lado de su madre, besaba las manitas que tenía presas. Mas aquellas caricias apasionadas, aquellos rostros desconocidos, aquella habitación extraña, aquella atmósfera que no era la suya, causaron á Dionisia uno de esos espantos repentinos que en los niños se traducen por lágrimas y gritos. Dionisia se echó á llorar y dijo con un tono suplicante:

—¡Mamá!... ¡mamá! ¿dónde está?... ¡Yo quiero ir con mamá!

Madame Villiers y su hijo trataron de calmarla, pero las caricias y las palabras de nada sirvieron para mitigar el dolor obstinado de la niña. No cesaba de luchar para escorrerse de las rodillas de su abuela; rechazaba con su manita los brazos que la estrechaban, y probablemente en su cerebro de niño, se representaba todo un drama. Creía á su madre perdida, muerta, lejos de su lado para siempre y ella entregada entre tanto, á gentes desconocidas. Solo su gran temor podía explicar su gran cólera, cólera de cordero irritado que quiere ver á su madre la oveja, y da al pastor furorosos golpes.

—¡Mamá! repitió Dionisia.

—¡Ya la volverás á ver! la dijo su padre; sé buena, hijita mía, ¿quieres cenar ahí, al lado de tu buena madre?

—¡No quiero! ¡yo quiero á mamá!... ¡mamá! Leon miró á su madre con aire desconsolado.

—¿Qué hacemos? Decía aquella mirada. Madame Villiers puso la niña en el suelo, se dirigió á la chimenea, y llamó.

Que venga Ursula, la criada que ha acompañado á mi niña.

Un momento después se presentó Ursula delante de su antigua señora, con aire medio tímido, medio impaciente.

—¿Quieres acostar á Dionisia después que haya cenado? la dijo madame Villiers.

—Sí, señora. ¿Cómo grita esta muñeca! ¡Yaya! ¡cuálquiera diría que se ha perdido!

En cuanto Dionisia vio el rostro de la cocinera corrió hacia ella y se tapó con su delantal, como si fuese un sitio de salvación.

—¡Llévame de aquí, la dijo muy bajo entre sollozos; quítame con mamá, ¡pronto! ¡pronto!

—Sí, hermosa, sí; contestó la cocinera con tono dulce; ven conmigo... para dormir en primer lugar...

ven.

La niña cogió con todas sus fuerzas el vestido y la mano de Ursula, y sin volver la cabeza se dejó llevar, tranquilizada en parte por aquella voz y aquel rostro tan conocido. Lloró todavía un poco, como apenas, y rendida por el cansancio se durmió sobre las rodillas de la criada, la cual se apresuró á llevarla con mucho cuidado á la cama, y poseída de un sentimiento maternal, se dijo al mirarla dormida:

—¡Si mi pobre señora la viese!

Al día siguiente un brillante sol reflejaba sus dorados rayos á través de las cortinas blancas del cuarto de la niña; todo resplandecía y sonreía cuando Dionisia abrió sus ojos, soñolientos todavía. Un hombre estaba sentado á su cabecera; ella le vio, alzó la cabeza con aire brusco, la levantó del todo para mirarle, y cuando este se inclinó para abrazarla, no hizo ninguna resistencia.

—¡Hija mía, Dionisia, ángel mío! Repetía su padre, ¿qué me me conoces?

—Me han dicho que venía á ver á mi papá. ¿Sois mi papá?

—Sí, yo soy, ¡tesoro mío!... ¡Mírame, abrázame!

Las caricias del padre eran tan tiernas, su voz tan buena y dulce, que la niña ya no tuvo miedo: sólo á, antes de abrazar á su padre, dijo ingenuamente:

—¿Iré á ver á mi mamá?

—Sí, querida mía, seguramente; pero abrázame bien.

Sellóse el pacto y se hizo el conocimiento.

Cuando Dionisia estuvo vestida, la llevaron con su abuela; esta que, durante la noche, se había hecho tristes reflexiones al ver á la niña, la miró con ansiedad frunciendo ligeramente el entrecejo:

—Y bien Dionisia, la dijo, ¿yais á ser buena hoy?

—Sí, señora, contestó la niña á media voz.

—¿Cómo habéis dicho? ¿Señora! ¿Pues no sabéis quién soy?

Leon había levantado á la niña en sus brazos, y la dijo al oído:

—Si mi abuelita...

Dionisia repitió con docilidad esas palabras, y cediendo al movimiento que la hizo hacer su padre, inclinó su inquieto pero dulce rostro hacia el digno y severo de Md. Villiers, que la inspiraba cierto temor.

El atractivo que tiene la infancia y la inocencia es poderoso, y Md. Villiers no pudo ver de cerca aquellos ojos profundos, cariñosos y candidos sin sonreírse y besarlos. Un momento después, Dionisia estaba instalada en su cuarto, delante de una mesa donde habían servido el almuerzo: comía con agrado y contestaba sin temor á las preguntas de su abuela, y á las amistosas bromas de su padre. Pero todas sus palabras tenían tal sello de inocencia infantil, de ignorancia sencilla que llamaron la atención de madame Villiers y no pudo menos de decir á su hijo á media voz:

Se continuará

Nuestro apreciable colega *El Correo Militar*, al dar cuenta de la prisión del coronel La Iglesia, se expresa en estos términos: «El coronel del 14.º de la Guardia civil don José de la Iglesia ha sido trasladado a las prisiones militares de San Francisco por resultar contra él, según dice el Gobierno el digno y virtuoso general Socas, indicios de complot de rebelión».

No nos permitiremos el menor comentario acerca de este asunto, ínterin se halle su juicio; pero si recordáramos un día y otro que el veterano coronel D. José de la Iglesia goza una gran reputación en el cuerpo a que pertenece y en el arma de infantería, de la cual procede; militar valiente, pundonoroso y muy exacto en el cumplimiento de su deber, tiene muchas simpatías en el ejército en general, y en particular entre los oficiales que hicieron su aprendizaje en el colegio de Toledo, donde desempeñó el cargo de profesor y el de segundo capitán de la primera compañía.

Los que le conocen, los que saben a punto fijo como piensa y como obra el jefe a quien aludimos es seguro que ya habrán formado su composición de lugar acerca de este suceso desagradable e imprevisto, máxime si no ignoran tampoco el valor intrínseco de ciertos personajes de rubor que sólo vienen lastimando agenas reputaciones, cual si semejante modo consiguiesen echar un remiendo a la suya propia.

Estaremos a la vista de cuanto suceda y haremos en su día las oportunas observaciones respecto al particular.

Los buques insurrectos de Cartagena parecen dispuestos a visitar todos los puertos del litoral, en vista del buen resultado que han obtenido en Aguilas.

Ahora se dice que Alicante es el lugar designado para sus piráticas hazañas, si bien los alicantinos se muestran dispuestos a impedir a toda costa la entrada de los cantonales, a cuyo efecto las autoridades locales han adoptado las disposiciones convenientes. El Gobierno por su parte, ha enviado al punto amenazado dos compañías de Alcolea para reforzar la guarnición.

También el general Martínez Campos ha enviado tropas a Lorca, donde parece se trata de llevar a cabo un levantamiento intransigente, lo cual deja al capitán general de Valencia en mala situación si los cartageneros intentan, como se supone, una salida para atacar el campamento de la Palma, donde existen escasísimas fuerzas para atender a tantos puntos amenazados.

Con el tiempo, y tal vez más pronto de lo que se cree, las provincias que componen el distrito militar de Valencia, si no se acude con grandes elementos, nada tendrán que envidiar a las de Cataluña, Navarra y Vascongadas.

El general en jefe del ejército del Norte debe empezar hoy sus operaciones con la fuerza que conduce y con la que le espera en Vitoria, a donde se encuentra el general Santa Pau con una división de 10,000 hombres.

El día 12, el cabecilla Segarra pasó desde Herbes una comunicación a Morella, pidiéndole la contribución de 8 000 duros, con el recargo de cien duros por cada día que tarde en satisfacer dicha suma. Al mismo tiempo ha establecido destacamentos en la Pobleta, el Forcall y Vallibona, bloqueando la villa, y prohibiendo la circulación de carros y caballerías para que no puedan llevarse víveres a la plaza.

Para impedir este aprovisionamiento ha impuesto una multa de mil duros al que lleve víveres, conminando con pena de la vida al que por segunda vez infrinja esta orden, que ha circulado hasta Benicarló, de donde se llevaban vituallas a Morella.

A las primeras horas de la tarde de ayer circularon rumores de que el general Pavía había sido recibido a tiros en Málaga, llegándose a decir que en un despacho participaba al Gobierno haberse apoderado del barrio del Perchel, después de una obstinada resistencia. A última hora se han desvanecido estos rumores a los que parece dígase origen que al pasar por Bobadilla el tren que conducía al general Pavía se hicieron algunos disparos por gente apostada y oculta; sin duda enviada por los voluntarios malagueños, por más que *La Correspondencia* supone que sería alguna partida carlista que creemos exista únicamente en la imaginación del periódico noticiario.

Dura de pelar está la elección de vicepresidentes de la Asamblea, y tan dura, que para ver si se consigue una avenencia entre los dos aspirantes a la primera Sres Cervera y Palanca, hoy debe reunirse la mayoría en el Senado, a las nueve de la mañana.

Hé aquí como una cuestión de amor propio impidió ayer la clausura de las sesiones y promueve tal vez hoy en el Congreso alguna borrasca semejante a la ocasionada ayer por el señor Armentia.

Ayer tampoco recibimos el correo extranjero.

Esta tarde a las tres celebrarán una reunión todos los diputados contrarios a la suspensión de sesiones, para adoptar algunos acuerdos importantes y nombrar una comisión permanente que los convoque en caso necesario.

Dícese que el ministro de la Guerra se propone enviar uno ó dos batallones al general Martínez Campos, que ha manifestado la necesidad de que se refuerzen las tropas a sus órdenes.

Decíase anoche, no sabemos con qué exactitud, que varios emisarios intransigentes habían salido con dirección a algunos puntos, a fin de intentar nuevamente la cantonización y repetir las tristes escenas que estamos presenciando hace más de dos meses.

Atribúyese al Sr. Salmerón el proyecto de convocar inmediatamente las Cortes, si llegara a surgir una crisis total durante las vacaciones de la Asamblea.

El decreto sobre la formación de la milicia forzosa, ha tenido mala acogida entre los batallones de la existente en esta capital, cuyos comandantes han recibido orden de proceder a la reorganización de los mismos, formándose ayer tarde algunos grupos a las inmediaciones del Congreso por los individuos que en virtud de la ley de Julio de 1822 deben dejar de pertenecer a la Milicia.

Esta actitud está perfectamente de acuerdo con la declaración hecha ayer en el Congreso por uno de dichos comandantes, el Sr. Armentia.

de que la Milicia nacional de Madrid no se disolverá aunque lo disponga el Gobierno.

A pesar de todo casi nos atrevemos a apostar, a que como quiera el Gobierno, serán baja los que deban serlo con arreglo a la ley.

Tenemos a la vista una carta fechada el 16 en Cartagena, en que se nos dan algunas curiosas noticias.

El 14 en la noche hubo en aquella plaza un horrible fuego de cañon y fusilería que duró desde las doce hasta la una. El fuego que hacían desde fuera por la parte de la fábrica de Figueras era contestado desde dentro con redobladura furia.

El 15 reinó gran pánico en la plaza y se temió un conflicto mayor. Al ser de día, se destacó de la corbeta francesa fundada en el puerto un bote con diez y ocho marineros, cuyo jefe había recibido el encargo de ir a Escombreras a buscar víveres para la tripulación, por escasear mucho en Cartagena.

Al salir del puerto este bote, se le dió el quíen vive; pero como no fuera contestado, se le hizo fuego desde los fortines, matando a uno de los tripulantes e hiriendo a dos. La indignación que semejante hecho causó a bordo de la corbeta y el terror que la actitud del buque produjo en la plaza, fueron grandes.

El comandante del buque francés quería bombardear la ciudad; pero el comité de salvación pública hizo todos los esfuerzos posibles para impedirlo, dando las más completas satisfacciones y manifestando el más profundo sentimiento por el lamentable suceso que había tenido lugar. El comandante se dió al fin por satisfecho. No hubiera sucedido lo mismo, según la carta a que nos referimos, si el muerto y los heridos hubiesen sido ingleses, en cuyo caso la plaza habría sido bombardeada.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que el comandante del buque francés no llevó a cabo su amenaza y se contentó con que el muerto fuese enterrado con gran pompa. Para ello fué llevado a tierra por treinta marineros, que iban a la cabeza del fúnebre cortejo con el comandante y la oficialidad del buque. Seguían los miembros del Gobierno y las autoridades de Cartagena, el cónsul francés y los demás nacionales allí residentes, el regimiento de Iberia con su música, el batallón de marina y dos de voluntarios.

Toda esta comitiva subió al cementerio, y, después de presenciar el acto de dar sepultura al cadáver, volvió a bajar acompañando a los jefes y marinos franceses, al compás de la Marsellesa que tocaba la música, en cuya forma se dirigió al muelle, donde permaneció hasta que los franceses estuvieron a bordo de su buque.

La carta a que nos referimos dice que hacia dos días había empezado a faltar la carne y el pan. Por eso sin duda los insurrectos se decidieron a emprender las nuevas expediciones piráticas en busca de víveres de que nos ha hablado el telégrafo.

Otras cartas de la provincia de Murcia recientemente recibidas, anuncian que los insurrectos de Cartagena no parecen dispuestos a admitir los consejos de algunos de sus amigos que les predicaban el reconocimiento del Gobierno actual a cambio de alguna que otra reforma.

Hemos recibido impresa y para su reproducción, la siguiente vindicación de la villa de Utrera, contra las calumnias que se le han inferido con motivo de los sucesos de los días 21 y 22 de Julio último.

«La insistencia con que, apesar del trascurso de muchos días y de los varios escritos dirigidos a ilustrar y rectificar la opinión pública, se viene manteniendo la limpia y acrisolada reputación de la población de Utrera, me hace ocuparme de un asunto, en cuya defensa me es forzoso, aunque tarde, dirigir mi voz al público.

Victimas los habitantes de esta villa de infames calumnias, después de haber sufrido una de las agresiones más injustas que se conocen en los pueblos civilizados, se ven en la necesidad de vindicarse a la faz de la provincia y de toda la Nación. Para conseguirlo del modo más cumplido y satisfactorio, no han menester más que publicar los hechos, tales como han pasado, hechos que hablan poderosamente más alto que las palabras, y que ponen de manifiesto quienes son los verdaderos criminales, los perversos y los asesinos, y quienes son los hombres honrados, los leales, los compasivos y bienhechores.

Hallábase la población de Utrera gozando del inefable bien de la paz y de la tranquilidad doméstica, entregada a sus faenas cotidianas, y especialmente a las agrícolas propias de la estación; agena completamente a las luctuosas y sangrientas escenas que sumisa la clase de Gobierno que la mayoría de la Nación se impusiera; cuando en la madrugada del día 21 de Julio último se vió inesperadamente invadida por una partida de 200 hombres armados procedentes de Sevilla. La sorpresa fué completa; pero, tan luego como el vecindario se apercibió de ello, se puso inmediatamente en armas, tomando la población una actitud tan imponente, que intimidó a los invasores, y les hizo abandonar con precipitación, resistiendo a la villa de Dos Hermanas, uno de los puntos de Marcha, del cual se apoderaron, y otros a pie a la desbandada.

Fuertemente sobrecitados los ánimos con tal ocurrencia; y previendo que a este hecho habían de suceder otros en mayor escala, desde luego se conoció la urgente necesidad de prepararse para la defensa, y en el mismo día se dió principio a construir barricas y otras obras de fortificación en puntos estratégicos, y armarse todos los hombres útiles, que se colocaron en posiciones ventajosas. Durante la noche se estuvo con suma vigilancia; y en la mañana del día 22 se presentó a la vista un tren, que hizo alto a cierta distancia de la estación de esta villa, descendiendo de él como 200 hombres, y escoltando al resto de una columna fuerte de unos 1,000 hombres con cuatro piezas de artillería, se dirigieron en dos filas por los costados de la vía férrea hacia dicha estación. Los vigías dieron enseguida el oportuno aviso, y a las ocho de la mañana las campanas del Ayuntamiento y de las dos parroquias empezaron a tocar a rebato, y las cornetas llamadas y generala. La población, como era consiguiente, corrió a las armas, y todos los hombres capaces de empuñarlas ocuparon sus puestos resueltos a morir, antes que consentir su entrada. La partida acampó en la misma estación; y, cuando ya se puso en marcha para venir sobre Utrera, una comisión compuesta de vecinos honrados de ella le salió al encuentro, y, avisándole con los jefes, obtuvo de ellos una tregua, durante la cual cuatro oficiales, de la columna pasaron a conferenciar con los representantes del pueblo. Los oficiales entraron en efecto, y con ellos no se guardaron las formalidades establecidas en las leyes de la guerra para los parlamentarios; de suerte que, no habiéndoseles vendido los ojos, pudieron enterarse perfectamente del estado de ánimo de la población, conducta que revelaba la lealtad con que se procedía por parte de los de Utrera.

Llegados a las casas de Ayuntamiento, y en presencia del alcalde y demás individuos de la comisión, los oficiales expusieron: que el objeto de su expedición era establecer en Utrera el comité de Salvación pública y después seguir su camino a unirse con Salvachéa, para favorecer a sus hermanos de Jerez. El alcalde con la dignidad propia de un hombre libre les manifestó: que respetaba a la Junta de Sevilla, pero que Utrera no podía elegir la

«suya bajo la presión del sable sin humillarse hasta el último grado de abyección y servilismo; y que ellos, como verdaderos republicanos, no podían imponer al pueblo su voluntad, ni ejercer un acto de despotismo y de tiranía; que en su consecuencia, la entrada de la columna en el pueblo era innecesaria, y contraria a la opinión general de sus habitantes, quienes, al paso que estaban dispuestos a oponerse a ella, se ofrecían a suministrar en el campo a la columna cuantos recursos creyesen necesarios. Por fin, después de una animada discusión, se vino a un acuerdo, y se convino formal y solemnemente: que los expedicionarios no pudiesen salir de la estación, en que se encontraban, más que para continuar su camino a Jerez, o reemplazar a Sevilla: que las cuatro piezas de artillería serían custodiadas por los voluntarios de Utrera hasta el momento de partir la columna: que la Junta de Sevilla renunciaba a enviar fuerza armada a Utrera: y que 40 hombres de la columna entrarían, para que, unidos con igual número de voluntarios de Utrera, fraternizasen y recorrieran la población con música y repique general de campanas, en señal de paz y cordialidad. Este convenio, cuyas condiciones se cumplían con la exactitud de la ley, y de la vida, y de la libertad! Semejante beneficio, que no reconoce superior entre los hombres, exigía en rigorosa justicia de parte de los agraciados un profundo reconocimiento y una gratitud sin límites. Más ¡cosa admirable! Un beneficio tan grande correspondido con la más insignificante ingratitud; y aquellos hombres, que recibían de manos de sus bienhechores las prendas preciosas de la libertad y de la vida, juran su esterminio y la completa destrucción de Utrera.

En vista de estos hechos, expuestos con la mejor buena fe y con la más pura y sincera verdad, ¿quienes provocaron el conflicto? ¿De quién partió la iniciativa del pensamiento de venir una expedición armada contra Utrera, con objeto de someterla a la obediencia de unos cuantos que se erigieron en autoridad de Sevilla?

¿En virtud de qué razón ó justicia intentaron llevar a cabo su objeto? ¿Con la razón de la fuerza? ¿No estaban en su derecho los habitantes de Utrera para negarse a la obediencia forzosa y defender, en uso de la misma razón, su independencia?

¿Quiénes fueron los que faltaron al convenio celebrado entre los parlamentarios de la columna y los representantes del pueblo, entrando toda la división armada, en vez de los cuarenta hombres desarmados? ¿Verificada la invasión contra toda ley y toda justicia, y después los invasores del recinto de la plaza, ¿quienes fueron los que rompieron el fuego haciendo la primera descarga, de que resultaron seis muertos y varios heridos vecinos honrados del pueblo?

¿No sería altamente injusto que se negara a los de Utrera el sagrado derecho de la propia defensa rechazando la agresión de sus enemigos? ¿Pues qué otra cosa verificaron contestando al fuego que le hicieron los invasores? ¿No fueron los de Utrera los que suspendieron el fuego tan luego como vieron que se habían rendido los enemigos? ¿No acudieron presurosos a favorecer y socorrer a los heridos?

¿No trataron a los vencidos con amabilidad y la consideración que se debe a la desgracia? ¿No dieron hospitalidad y cariñosa acogida a los fugitivos y dispersos, curando en sus casas a los heridos, las mujeres e hijas de los muertos ó heridos por los agresores?

¿No se libertó a los prisioneros a las pocas horas después del combate y cuando aún debía arder en el pecho de los combatientes el odio y el rencor propio de mortales enemigos? ¿Y cómo se la dieron? Sin condiciones de ninguna clase.

Ahora el pueblo juzgue y diga: ¿Quiénes son los verdaderos criminales, los perversos, los asesinos, y quienes son los hombres honrados, los leales, los compasivos y bienhechores?

Utrera 11 de Septiembre de 1873.

MANUEL LABAT MARTINEZ DEL CAMPO.

Ayer recibimos periódicos de Barcelona. En nuestro colega el *Diario* del 5 encontramos lo siguiente: «Ayer noche se constituyó el juzgado de Palacio en las Casas Consistoriales, según se dice, para instruir diligencias con objeto de averiguar los autores de una sustracción de varios documentos de la contaduría municipal, referentes a la administración anterior. El asunto está también relacionado con la detención de una suma respetable. Al presentarse el tribunal a los juzgados algunos empleados de la contaduría, a quienes se puso en segunda en libertad después de haber prestado las primeras declaraciones. El escribano selló algunos armarios y la puerta de entrada de dichas oficinas.

Sobre este hecho son muchos los comentarios que en esta ciudad se hacen. Con el tiene relación asimismo la sesión secreta que el Municipio celebró el viernes, y en la cual, a lo que se asegura, se acordó llevar a los tribunales a un concejal del actual Ayuntamiento, individuo del anterior y que en él había figurado en primera línea.»

El domingo último había en San Martín de Provensals tres corporaciones municipales. De dos de estas ya tienen conocimiento nuestros lectores y saben también lo acaecido el día en que había de tomar posesión el que se eligió últimamente. Para resolver el conflicto en que estaba la población, el gobernador de la provincia dispuso que los concejales del Ayuntamiento de 1870 en unión de los seis no incapacitados del recientemente elegido constituyesen un Ayuntamiento provisional. Presentáronse los de 1870 y no pudieron reunirse en ningún sitio de las Casas Consistoriales, por cuanto el consistorio y la secretaría estaban en poder de los concejales elegidos en las últimas elecciones y el resto del edificio y las insignias los ocupaban los individuos del anterior Ayuntamiento. Parece que al fin se han retirado algunos de los incapacitados y han entrado a formar el Ayuntamiento interino diez u once concejales de 1870. Créese, sin embargo, que esta disposición no terminará el conflicto.

En Barcelona han corrido rumores de que en el seno del Ayuntamiento han surgido divergencias de pareceres entre algunos concejales, y que se ha acordado que de la hacienda en aquella capital para el servicio de las armas. Hay concejales que no quieren tomar parte en dichas operaciones, por razón de las ideas que antes habían emitido acerca de las quintas. Esta divergencia de pareceres ha producido ya que algunos concejales hayan dejado de asistir a las sesiones.

Han sido destinados a las órdenes del general Moriones, nombrado general en jefe del ejército del Norte:

Los mariscales de campo D. José Merelo y Galvo, D. Fernando Primo de Rivera, D. Ignacio del Castillo y Gil de la Torre.

Los brigadieres D. Juan Tello y Miralles, D. Antolin Pieltan y Jove Huergo, D. Joaquín Colomo y Puche y D. Pedro Ruiz Dana.

Los coroneles D. Ramon Blanco y Herénas, don Angel Navascosé e Ibarra, D. Luis Fajardo e Izquierdo, D. Francisco Mariá y Blázquez, D. Antonio Rodríguez Sierra, D. Luis Daban y Ramirez, don Juan Barrios y Lopez, D. Enrique Bargas Pompo y D. José Mingueña y Arnedo.

Los tenientes coroneles D. Eustaquio Alonso, D. Manuel Sorribes y Ferreres, D. Rafael Moreno Caracciolo, y el comandante D. Andrés García Lerín.

Si con tan numerosos y brillante estado mayor, Moriones no acaba ahora la guerra, esta no se acaba nunca.

Dice *El Porvenir*, de Jerez del 17.

«Cada día es mayor la emigración, de nuestra localidad, de los mozos a quienes corresponde cubrir el reemplazo para el ejército: un gran número ha marchado a la América del Sur, no siendo ésta la menor de las calamidades que nos ha traído la gloriosa; cinco años hace que a costa de inmensos sacrificios viene la excelentísima corporación municipal redimiendo la suerte de los quintos, y en un sólo año emigran más de los que hubieran correspondido a veinte quintos. Los Castileños, las madres, las hermanas y las novias reñen ahora cuando ven a esos *peleados de su corazón*, ir a presidiar por profugo? Cuando crea S. S. que esos emigrados cumplirán el tiempo? ¿Son estos los brazos que S. S. nos recomendaba para la agricultura?»

Hoy ó mañana debe publicarse el periódico oficial, una circular sobre orden público del ministerio de la Gobernación.

Los suplicatorios aprobados ya por las Cortes para procesar diputados por la insurrección cantonal son: los del juez de Almansa contra los Sres. Araus y Pérez Rubio; del de Cartagena contra los Sres. Galvez, Torremendieta, Araus, Sanvalle, Alfaro, Bacia y Pérez Rubio; del de Salamanca contra los Sres. Benitas y Riesco; del de Lorca, contra el Sr. Galvez; del de Alicante, contra el mismo, y del de Castellón contra los Sres. Chermá y Daut.

serviesen de garantía bastante a asegurar la paz entre los dos pueblos; accedieron a ello, y en la mañana siguiente, sin condiciones de ninguna clase, y sin exigir de los prisioneros promesa bajo juramento ó palabra de honor de no volver a hacer armas contra Utrera, fueron puestos en libertad y salieron inmediatamente para Sevilla.

Rasgo sublime de generosidad, que demuestra la grandeza de alma y lealtad de los de Utrera, quienes, siendo árbitros de la suerte de los prisioneros según las leyes de la guerra, pudiendo disponer de su vida y retenerlos en su poder por tiempo indefinido, seguros de que nadie viniera a rescatarlos a viva fuerza, pues de intentarlo, peligraba la existencia de todos y cada uno de ellos, les dispensaron el favor más grande que se puede conceder en este mundo, cual es el de la vida y de la libertad! Semejante beneficio, que no reconoce superior entre los hombres, exigía en rigorosa justicia de parte de los agraciados un profundo reconocimiento y una gratitud sin límites. Más ¡cosa admirable! Un beneficio tan grande correspondido con la más insignificante ingratitud; y aquellos hombres, que recibían de manos de sus bienhechores las prendas preciosas de la libertad y de la vida, juran su esterminio y la completa destrucción de Utrera.

En vista de estos hechos, expuestos con la mejor buena fe y con la más pura y sincera verdad, ¿quienes provocaron el conflicto? ¿De quién partió la iniciativa del pensamiento de venir una expedición armada contra Utrera, con objeto de someterla a la obediencia de unos cuantos que se erigieron en autoridad de Sevilla?

¿En virtud de qué razón ó justicia intentaron llevar a cabo su objeto? ¿Con la razón de la fuerza? ¿No estaban en su derecho los habitantes de Utrera para negarse a la obediencia forzosa y defender, en uso de la misma razón, su independencia?

¿Quiénes fueron los que faltaron al convenio celebrado entre los parlamentarios de la columna y los representantes del pueblo, entrando toda la división armada, en vez de los cuarenta hombres desarmados? ¿Verificada la invasión contra toda ley y toda justicia, y después los invasores del recinto de la plaza, ¿quienes fueron los que rompieron el fuego haciendo la primera descarga, de que resultaron seis muertos y varios heridos vecinos honrados del pueblo?

¿No sería altamente injusto que se negara a los de Utrera el sagrado derecho de la propia defensa rechazando la agresión de sus enemigos? ¿Pues qué otra cosa verificaron contestando al fuego que le hicieron los invasores? ¿No fueron los de Utrera los que suspendieron el fuego tan luego como vieron que se habían rendido los enemigos?

¿No acudieron presurosos a favorecer y socorrer a los heridos? ¿No trataron a los vencidos con amabilidad y la consideración que se debe a la desgracia? ¿No dieron hospitalidad y cariñosa acogida a los fugitivos y dispersos, curando en sus casas a los heridos, las mujeres e hijas de los muertos ó heridos por los agresores?

¿No se libertó a los prisioneros a las pocas horas después del combate y cuando aún debía arder en el pecho de los combatientes el odio y el rencor propio de mortales enemigos? ¿Y cómo se la dieron? Sin condiciones de ninguna clase.

Ahora el pueblo juzgue y diga: ¿Quiénes son los verdaderos criminales, los perversos, los asesinos, y quienes son los hombres honrados, los leales, los compasivos y bienhechores?

Utrera 11 de Septiembre de 1873.

MANUEL LABAT MARTINEZ DEL CAMPO.

Ayer recibimos periódicos de Barcelona. En nuestro colega el *Diario* del 5 encontramos lo siguiente: «Ayer noche se constituyó el juzgado de Palacio en las Casas Consistoriales, según se dice, para instruir diligencias con objeto de averiguar los autores de una sustracción de varios documentos de la contaduría municipal, referentes a la administración anterior. El asunto está también relacionado con la detención de una suma respetable. Al presentarse el tribunal a los juzgados algunos empleados de la contaduría, a quienes se puso en segunda en libertad después de haber prestado las primeras declaraciones. El escribano selló algunos armarios y la puerta de entrada de dichas oficinas.

Sobre este hecho son muchos los comentarios que en esta ciudad se hacen. Con el tiene relación asimismo la sesión secreta que el Municipio celebró el viernes, y en la cual, a lo que se asegura, se acordó llevar a los tribunales a un concejal del actual Ayuntamiento, individuo del anterior y que en él había figurado en primera línea.»

El domingo último había en San Martín de Provensals tres corporaciones municipales. De dos de estas ya tienen conocimiento nuestros lectores y saben también lo acaecido el día en que había de tomar posesión el que se eligió últimamente. Para resolver el conflicto en que estaba la población, el gobernador de la provincia dispuso que los concejales del Ayuntamiento de 1870 en unión de los seis no incapacitados del recientemente elegido constituyesen un Ayuntamiento provisional. Presentáronse los de 1870 y no pudieron reunirse en ningún sitio de las Casas Consistoriales, por cuanto el consistorio y la secretaría estaban en poder de los concejales elegidos en las últimas elecciones y el resto del edificio y las insignias los ocupaban los individuos del anterior Ayuntamiento. Parece que al fin se han retirado algunos de los incapacitados y han entrado a formar el Ayuntamiento interino diez u once concejales de 1870. Créese, sin embargo, que esta disposición no terminará el conflicto.

En Barcelona han corrido rumores de que en el seno del Ayuntamiento han surgido divergencias de pareceres entre algunos concejales, y que se ha acordado que de la hacienda en aquella capital para el servicio de las armas. Hay concejales que no quieren tomar parte en dichas operaciones, por razón de las ideas que antes habían emitido acerca de las quintas. Esta divergencia de pareceres ha producido ya que algunos concejales hayan dejado de asistir a las sesiones.

Han sido destinados a las órdenes del general Moriones, nombrado general en jefe del ejército del Norte:

Los mariscales de campo D. José Merelo y Galvo, D. Fernando Primo de Rivera, D. Ignacio del Castillo y Gil de la Torre.

Los brigadieres D. Juan Tello y Miralles, D. Antolin Pieltan y Jove Huergo, D. Joaquín Colomo y Puche y D. Pedro Ruiz Dana.

Los coroneles D. Ramon Blanco y Herénas, don Angel Navascosé e Ibarra, D. Luis Fajardo e Izquierdo, D. Francisco Mariá y Blázquez, D. Antonio Rodríguez Sierra, D. Luis Daban y Ramirez, don Juan Barrios y Lopez, D. Enrique Bargas Pompo y D. José Mingueña y Arnedo.

Los tenientes coroneles D. Eustaquio Alonso, D. Manuel Sorribes y Ferreres, D. Rafael Moreno Caracciolo, y el comandante D. Andrés García Lerín.

Si con tan numerosos y brillante estado mayor, Moriones no acaba ahora la guerra, esta no se acaba nunca.

Dice *El Porvenir*, de Jerez del 17.

«Cada día es mayor la emigración, de nuestra localidad, de los mozos a quienes corresponde cubrir el reemplazo para el ejército: un gran número ha marchado a la América del Sur, no siendo ésta la menor de las calamidades que nos ha traído la gloriosa; cinco años hace que a costa de inmensos sacrificios viene la excelentísima corporación municipal redimiendo la suerte de los quintos, y en un sólo año emigran más de los que hubieran correspondido a veinte quintos. Los Castileños, las madres, las hermanas y las novias reñen ahora cuando ven a esos *peleados de su corazón*, ir a presidiar por profugo? Cuando crea S. S. que esos emigrados cumplirán el tiempo? ¿Son estos los brazos que S. S. nos recomendaba para la agricultura?»

Hoy ó mañana debe publicarse el periódico oficial, una circular sobre orden público del ministerio de la Gobernación.

Los suplicatorios aprobados ya por las Cortes para procesar diputados por la insurrección cantonal son: los del juez de Almansa contra los Sres. Araus y Pérez Rubio; del de Cartagena contra los Sres. Galvez, Torremendieta, Araus, Sanvalle, Alfaro, Bacia y Pérez Rubio; del de Salamanca contra los Sres. Benitas y Riesco; del de Lorca, contra el Sr. Galvez; del de Alicante, contra el mismo, y del de Castellón contra los Sres. Chermá y Daut.

Se han concedido 300 carabinas del parque de Vigo a los voluntarios de Orense.

Segun *El Diario* de Lugo, en Masida (Carballino) parece que han sido muertos y heridos varios paisanos de resultas de oposición al pago de contribuciones.

Ha regresado a Madrid el comandante de los voluntarios malagueños, Sr. Solier.

Segun los partes recibidos en la Dirección de Correos y telégrafos, anteayer no llovió en ninguna provincia.

El comandante militar de Castellón, ha manifestado que el brigadier Arrando con sus columnas, ha salido a las cuatro de la mañana con dirección a Burriana, desde donde se trasladará a Sagunto.

Anteayer llegó a Madrid un wagon cargado de bombas, procedente de Sevilla.

Este cargamento simboliza la paz que iba a darnos la república.

Parece que en Orihuela se teme un golpe de mano de los carlistas y a consecuencia de ello el general Martínez Campos ha enviado refuerzos a aquel punto.

Entre los ministeriales ha circulado la noticia de que el candidato del Gobierno para la capitania general de Cuba es el general D. Genaro Quesada.

Los campos de Jerez continúan experimentando los furros de la demagogia. Durante dos días ha estado ardiendo la dehesa de Jijonza, llegando el último día el fuego hasta muy cerca de la casa de baños, de donde hubo que sacar algo más que de prisa a dos enfermos impedidos.

Segun carta de la Habana llegada ayer y que tenemos a la vista, dice *La Correspondencia*, que se publican en la actualidad en aquella capital los siguientes periódicos republicanos: *El Triunfo*, *El Grito*, *El Combate republicano*, *El Canton cubano*, *Flora Carletas* y *El Intransigente*. Se ve por calles y paseos gran número de españoles que ostentan el gorro frigio con el escudo de armas del cantón cubano.

La misma carta añade que la autoridad superior de aquella isla dió permiso para la creación de cuatro batallones de voluntarios de la libertad, y se temia que si llegan a formarse haya alguna colisión con los antiguos voluntarios.

¿Qué tales serán los desórdenes que habrán por movido en Búrgos los voluntarios malagueños cuando nuestra colega *El Tiempo* da la noticia de que se pidió por el capitán general su completo desarme?

El viaje no puede haber sido más lucido.

Escriben de Jimena de la Frontera, campo de Gibraltar, manifestándonos que en aquella localidad siguen amenazados por el comunismo, y que no va a quedar pasto ninguno por los frecuentes incendios que ocurren.

Los individuos del Ayuntamiento que presentan su dimisión son los Sres. Orcaitas, Gomez Avila, García Rosell, Miera, Manilla, Castillo, Santiso, Molina, Cosías y Carnicero.

Se han dado las órdenes al general Santa Pau para que marche a Zaragoza a desempeñar su cargo de capitán general de aquel distrito.

Ordenanza para la formación, régimen, constitución y servicio de la milicia nacional local de la Península e islas adyacentes, de 14 de Julio de 1822, reestablecida en virtud de la ley de 2 de Setiembre de 1873, que publica la Gaceta del 19 de Setiembre de 1873.

TITULO PRIMERO.

FORMACION, FIE Y FUERZA DE LA MILICIA NACIONAL LOCAL DE TODAS ARMAS.

Artículo primero. Todo español desde la edad de 18 años hasta la de 45 cumplidos, que esté vecindado y tenga propiedad, rentas, industria ó otro modo conocido de subsistir, ó sea hijo del que tenga alguna de estas circunstancias, está obligado al servicio de esta milicia: desde la edad de 45 años en adelante se admitirán como voluntarios. Los que hallándose en este caso reúnan las condiciones que se señalarán en el reglamento, formarán cuerpos de voluntarios nacionales veteranos. Los jóvenes que no habiendo cumplido aún los 18 años, y teniendo la robustez y circunstancias necesarias lo soliciten, previo consentimiento de sus padres ó encargados, y a juicio del Ayuntamiento, podrán ingresar en la milicia nacional para prestar en ella algun servicio.

Art. 2.º Todos los años en el mes de Enero los Ayuntamientos inscribirán en un registro destinado para la milicia a los que hayan cumplido la edad de 18 años y no lleguen a la de 45. En otro registro anotarán los que se hayan dado de baja por haber cumplido la edad prescrita. Se formará un tercer registro para los voluntarios, en el cual se comprenderán también aquellos que, no obstante haber cumplido la edad de 45 años, deseen continuar en el servicio de la milicia.

Art. 3.º No serán admitidos al servicio de la milicia los procesados criminalmente contra quienes hubiera recaído auto de prisión, ni los que estén privados del ejercicio de sus derechos políticos por virtud de sentencia firme.

Art. 4.º Están exceptuados del servicio de esta milicia:

1.º Los que tengan impedimento físico para el servicio.

términos, y asegurar los caminos y travesías: serán preferidos para este servicio los milicianos de uno y otra arma que lo soliciten. En estas compañías no se admitirán más que voluntarios que han de tener las cualidades del art. 1.º de personas que, teniendo las de su conducta en el servicio, y para cada uno habrá especial aprobación del Ayuntamiento al admitirlo.

TÍTULO II.

ELECCIONES.

Art. 12. Todos los empleos son anuales cada dos años, en cada uno se renovará la mitad. Empezarán las elecciones el 1.º de Septiembre de cada año.

Art. 13. Se renovará la primera vez todos los empleos de las compañías impares, los de la plana mayor, y los de las compañías pares al siguiente, y así en lo sucesivo.

Art. 14. De sargento primero inclusive abajo admite reelección; pero los jefes y oficiales no pueden ser reelegidos sin reunir las dos terceras partes de votos de sus electores.

Art. 15. Los oficiales, sargentos y cabos, se nombrarán en cada compañía por todos los individuos de ella, debiendo reunir el elegido la mitad y uno más de los votos de los concurrentes. Las votaciones serán por papeletas, y se harán empezando por el más graduado.

Art. 16. Habrá de concurrir para las elecciones las tres cuartas partes al menos de los individuos de las compañías existentes en el pueblo. Ninguno podrá excusarse de votar, y no se admitirán votos de los que no estén presentes.

Art. 17. La plana mayor será nombrada por todos los oficiales del batallón, debiendo igualmente concurrir al menos las tres cuartas partes de los que existen en el pueblo, y reunir el elegido la mitad más uno de los votos presentes.

Art. 18. Toda elección se hará precisamente en domingo, y se verificará en público ante los Ayuntamientos, o ante una comisión de ellos, con asistencia precisa del capitán cuando la elección fuere para cualquiera otro de los empleos de la compañía, y con la del jefe del batallón, donde lo hubiere, si fuere para capitán.

Art. 19. Los Ayuntamientos expedirán dentro del tercer día sus títulos bajo la siguiente fórmula: Igual para todos los empleos de la compañía, y para los que estos exigen. Milicia Nacional de la provincia de... Batallón de infantería. El Ayuntamiento popular. Por cuanto para... de la compañía... del batallón... ha sido nombrado Don... Miliciano de la misma (ó lo que fuere), en sesión celebrada en esta día ante el Ayuntamiento conforme a la Ordenanza decretada por las Cortes en Junio de 1822 y 1823, y por ley de 1873. Por tanto, el Ayuntamiento le expide el presente título para que sea reconocido, respetado y obedecido como tal... en cuyo empleo deberá ser reemplazado en Septiembre de..., según la expresada Ordenanza. Fecha... Firma del Alcalde... Firma del Síndico y firma del Secretario del Ayuntamiento.

Art. 20. En el mes de Septiembre de cada año se nombrarán ante los Ayuntamientos (ante las comisiones que estos elijan de su seno, los vocales para el Consejo de subordinación y disciplina en esta forma: uno por cada 10 individuos donde haya una compañía ó menos; seis por cada compañía en donde haya más de una. Estas elecciones se harán según lo prevenido en los artículos anteriores.

Art. 21. La elección podrá recaer en cualquiera individuo de la compañía, tenga ó no empleo en ella.

Art. 22. Los vocales que concurran podrán ser reelegidos si reúnen las dos terceras partes de los votos presentes á la elección.

Art. 23. Los oficiales retirados del ejército ó armada que existan acaudados en los pueblos, que teniendo las calidades expresadas en el art. 1.º no se hallen comprendidos en las excepciones que explica el título primero, podrán ser elegidos para los empleos de la milicia, pero no se les obligará á aceptar.

Art. 24. En las compañías ó batallones que vayan creciendo también podrán ser elegidos para cualquiera grado los milicianos de todas las clases que sirvan en los que estén formados anteriormente; pero no se les obligará á aceptar.

Art. 25. Todo oficial, sargento ó cabo que se ausente por negocios propios por más tiempo de seis meses, ó que cuando estuviere en el pueblo, regresado, quedará en clase de agregado, reemplazándose la vacante, y al regreso ocupará plaza efectiva en su misma compañía cuando resulte vacante durante el tiempo de su empleo.

Art. 26. Los elegidos para reemplazar las vacantes que ocurran durante los dos años ejercerán solamente hasta las nuevas elecciones en las que loque su turno de ser reemplazados.

Art. 27. Las protestas por motivos electorales se elevarán ante el Ayuntamiento, y este remitirá todos los antecedentes y documentos necesarios á la Diputación provincial para su resolución definitiva. Contra esta no se admitirá apelación alguna.

TÍTULO III.

ARMAMENTO.

Art. 28. Los armamentos de la milicia estarán á cargo de los inspectores de provincia; estos entregarán á los Ayuntamientos todo el armamento, municiones, fornituras y monturas que necesite la milicia, con la debida cuenta y razón; y para que se distribuya entre los milicianos por medio de sus respectivos jefes. Para reponer los consumos, los jefes pasarán nota que exprese el motivo al alcalde, quien la remitirá al inspector de la provincia para que ordene se lleve á cabo la reposición de los armamentos nacionales.

Art. 29. Cada miliciano tendrá constantemente 25 cartuchos, reponiéndose los consumos según lo que determina el artículo anterior. Para los ejercicios se darán también los cartuchos necesarios, previas las formalidades indicadas.

Art. 30. Será obligación de los milicianos conservar su armamento y equipo en el mejor estado posible, y sólo se les abonarán las composiciones que dimanen de actos del servicio, mediando las mismas formalidades que para proveerlos de cartuchos.

Art. 31. Una vez al mes, aprovechando la ocasión de los ejercicios para no molestar tanto á esta milicia, se hará revista de armas.

Art. 32. Los milicianos solo llevarán y usarán las armas y prendas de uniforme cuando estén de servicio.

TÍTULO IV.

OBLIGACIONES DE LA MILICIA.

Art. 33. El primordial objeto de la milicia nacional local es la defensa del orden público en el interior de las poblaciones, y sus primeros deberes son su misión á la legalidad representada por las Cortes y su obediencia al Gobierno legítimamente constituido.

Art. 34. Esta milicia debe dar guardia cuando el Ayuntamiento lo crea necesario, en las mismas Casas Consistoriales, ó donde el mismo señale, que deberá ser en el sitio más conveniente para la seguridad del vecindario.

Art. 35. Dar las patrullas necesarias para mantener el orden y sosiego público.

Art. 36. Concurrir á todas las funciones públicas en que deba haber tropa armada á juicio de los ayuntamientos.

Art. 37. Perseguir y aprehender en el pueblo á los desertores y malhechores, y á los que se acojan en el término de él, no habiendo suficiente fuerza militar permanente que lo haga.

Art. 38. Escollar, en defecto de otra tropa, las conducciones de presos y caudales nacionales desde su pueblo hasta el inmediato.

Art. 39. Si el pueblo no hubiese de relevar no tuviese el número suficiente de milicianos para la escuela, pedirán el auxilio que necesite al pueblo ó pueblos comarcanos que estén fuera de la carrera del tránsito.

Art. 40. Será también obligación de esta milicia defender los hogares y términos de sus pueblos de los enemigos interiores y exteriores.

Art. 41. La milicia nacional no puede reunirse por ningún pretexto ni con ningún objeto sin previo permiso del alcalde primero ó de quien lo sustituya. Excepciones los casos de alarma, incendio ó conmoción pública, conforme á lo que previene en esta Ordenanza, y los días destinados á ejercicios.

Art. 42. Todos los individuos de la milicia están obligados á acudir á las citas de sus respectivos superiores para cuanto concierne al Gobierno ó servicio del cuerpo, y á ejecutar todo lo que aquellos les manden relativo á entranados objetos. Pero ningún jefe podrá con tal pretexto ocupar á ninguno de sus subordinados en lo que no sea perteneciente al Gobierno y servicio del cuerpo.

Art. 43. No se obligará á los cabos á dar los avisos ordinarios del servicio sino en los pueblos pequeños, ó en aquellos donde no pueda proveerse de capataces asalariados ó de otros medios. Pero en todo caso de alarma, servicio repentino ó extraordinario, será de su cargo avisar á todos los individuos de su escuadra.

Art. 44. Como podrá haber dos ó más milicianos en una casa, se procurará que el servicio que les corresponda lo hagan en distintos días para evitar los perjuicios que podrían resultarles de abandonar todos á la vez sus intereses ó negocios particulares.

Art. 45. El servicio de esta milicia no es motivo para que los individuos en ella que sigan alguna carrera literaria dejen de concurrir á las universidades ó establecimientos de enseñanza en que recibieren educación.

Art. 46. Tampoco será impedimento para que cualquier individuo se ausente del pueblo de su domicilio para sus negocios ó intereses particulares, debiendo en este caso avisar á su jefe inmediato para su conocimiento, y no siendo la ausencia mayor de un mes, se le anotará el servicio que le corresponda durante aquella á fin de que por atraso lo preste al regreso.

Art. 47. La milicia nacional no dará guardia de honor á los jefes ni á persona alguna por distinguida ó graduada que sea.

Art. 48. En las plazas de armas, cuando la milicia local por falta de la permanente ó por ser necesario se emplee en las guardias ó puestos, estará á las órdenes del gobernador ó jefe militar; pero estos no podrán por sí disponer de la milicia sino por conducto de los alcaldes.

Art. 49. Siempre que para cualquier acto del servicio se reúna fuerza de la milicia local y del ejército, tomará el mando el individuo más graduado de cualquiera de ellos, y en igualdad de grados el del ejército.

Art. 50. Se procurará reducir á lo absolutamente indispensable el servicio de esta milicia, que por su naturaleza debe estar exenta de demasiada fatiga que la distraiga de sus ocupaciones ordinarias.

Art. 51. El alcalde comunicará diariamente, por medio de uno de sus ayudantes, la orden para toda la milicia local.

Art. 52. Esta orden se distribuirá por el mismo ayudante á los cuerpos de la milicia en el sitio que tenga señalado el Ayuntamiento, concurriendo á recibirla un ayudante de cada uno, por lo que entre ellos y la llevará á los respectivos jefes para distribuirlos en sus cuerpos.

Art. 53. Del mismo modo se recibirán y repartirán el santo y seña que se den en las plazas de armas por el gobernador de ellas. Pero en los pueblos donde no haya más tropa de servicio que la milicia local, recibirá este el santo y la orden de sólo el alcalde.

(Se continuará.)

SECCION OFICIAL

(Gaceta de ayer.)

El periódico oficial publica la siguiente ley:

«Las Cortes Constituyentes, en uso de su soberanía, han decretado y sancionado la siguiente ley: Artículo único. Los mozos de la reserva de los pueblos de Almaten, Almadenes, Chillon, Chilo, Gargantiel y formadores que al publicarse la ley de 17 de Febrero de 1873 hubiesen llenado las condiciones preceptuadas en el caso 5.º, art. 74 de la ley de 30 de Enero de 1856, serán considerados como licenciados del ejército.

Lo tendrá entendido el poder ejecutivo por su impresión, publicación y cumplimiento.

Palacio de las Cortes 18 de Septiembre de 1873.— Nicolás Salmerón, presidente.— Eduardo Cagigal, diputado secretario.— José Jiménez Mena, diputado secretario.— Luis F. Benítez de Lugo, diputado secretario.

Procedido de una exposición por el ministerio de Gracia y Justicia, se publica el siguiente decreto con fecha 16 de Septiembre:

«El Gobierno de la república, de conformidad con lo propuesto por el Ministro de Gracia y Justicia, decreta:

Artículo 1.º Las cuatro Salas de Justicia de que actualmente se compone el Tribunal Supremo, quedan reducidas á tres, que tendrán la numeración y denominación siguientes:

Primera, sala de lo civil.

Segunda, sala de lo criminal.

Tercera, sala de recursos contra la administración.

Art. 2.º Forman la dotación de las salas de justicia todos los magistrados que actualmente sirven en el Tribunal Supremo.

Art. 3.º Las salas primera y segunda se compondrán cada una de un presidente de sala y de nueve magistrados. La sala tercera se compondrá de un presidente de sala y de diez magistrados.

Art. 4.º Los auxiliares de la antigua sala segunda quedarán al servicio de la de lo criminal con el mismo carácter y desempeñando las funciones propias de su cargo.

Art. 5.º Las salas de lo civil y la de recursos contra la administración conocerán de los asuntos que son actualmente de su respectiva competencia. La sala de lo criminal conocerá de los que hasta ahora han sido de la competencia de las antiguas segunda y tercera, ateniéndose en cuanto á la interposición, admisión, sustanciación y fallo de los recursos de casación á lo establecido en la ley provisional de Enjuiciamiento criminal.

Art. 6.º El ministro de Gracia y Justicia queda encargado de la ejecución del presente decreto.»

Por el ministerio de la Guerra se publican varios decretos:

Uno con fecha 19 de Septiembre nombrando director general de la Guardia civil al teniente general D. Juan Acosta y Muñoz, que actualmente desempeña el cargo de inspector general de carabineros.

Otro, con igual fecha, nombrando inspector general de carabineros al teniente general D. Mariano Socas del Fanger y Lido, que actualmente desempeña el cargo de director general de la Guardia civil.

Otro, con fecha 18 del mismo mes, disponiendo que el brigadier D. Joaquín Vara de Rey cese en el cargo de gobernador militar de la provincia de Teruel, proponiéndose al Gobierno utilizar oportunamente sus servicios.

Otro, con igual fecha, concediendo la gran cruz del Mérito militar roja al brigadier del ejército de la isla de Cuba D. Adolfo Morales de los Ríos, y atención á sus méritos, y muy especialmente al que contra en la acción de Santa Rita y otras habidas contra los insurrectos desde el 6 de Septiembre á fin de Diciembre de 1872.

Otro, con igual fecha, disponiendo cese en el cargo de gobernador militar de la provincia de Castellón el brigadier D. Manuel Villacampa y del Castillo.

Y otro por último con igual fecha, nombrando gobernador militar de la provincia de Teruel al brigadier D. Jacinto de Santa Pau y Bayona, que desempeña el mismo cargo en la de Córdoba.

Precedido de una exposición se publica también por el mismo ministerio el siguiente decreto:

Artículo 1.º La requisición de caballos mandada llevar á cabo en las Provincias vascongadas, Navarra y Bisayas por la ley de 6 del mes de Agosto próximo pasado se hará extensiva á las demás de la Nación en las que el ministro de la Guerra lo estime conveniente.

Art. 2.º Quedan sujetos á la presente requisita los caballos domados de siete cuartas menos un dedo, y cuantos pasen de la marca y hayan cumplido cuatro años, reuniendo además las calidades para la guerra.

Art. 3.º Se considerarán útiles para el servicio los caballos de la edad y alzada que se prefija en los reglamentos de poder soportar el servicio por sus anchuras, huesos y sanidad.

Art. 4.º Se exceptúan de esta disposición los caballos destinados al servicio de correos; los potros cerillos que no hayan llegado en las últimas yerbas á los cuatro años; los sementales que los criadores tengan en sus paradas con aprobación de la Superintendencia al día de la publicación de este decreto, considerándose un caballo padre por cada 20 yeguas de vientre destinadas exclusivamente á la cría; los de propiedad de los embajadores y demás señores extranjeros, y finalmente, los de las clases militares.

que por reglamento deban ser plazas montadas.

Art. 5.º El importe de los caballos que á consecuencia de esta requisición sean destinados al servicio se satisfará por medio de recibos arreglados al modelo que se publicará al efecto, y los que se expedían á los propietarios se admitirán en pago de contribuciones atrasadas hasta fin del año económico de 1872 á 73 y de la mitad de los cupos de la extraordinaria de guerra, siendo transmisibles en cada provincia y aplicables en los referidos pagos por cuotas del último tenedor.

Art. 6.º En todo lo concerniente á esta requisición obrarán los capitales generales de acuerdo con las respectivas diputaciones provinciales, adoptando cuantas medidas estimen convenientes para que la indicada operación se realice con brevedad; en el concepto de que la menor demora que se note en la ejecución de tan importante cometido serán responsables todas las autoridades que han de intervenir, como asimismo y muy principalmente los ayuntamientos de los pueblos y los oficiales y veterinarios comisionados en la requisición por el Gobierno, quedando obligados los que resulten culpables á efectuar en metálico el pago de un duplo del valor del caballo que se exima en los citados casos.

Art. 7.º Por todo caballo que resulte eximido deberá recibir su dueño en el acto un certificado por la comisión de requisita, en el cual se hará constar la resena completa y motivo de la exención, sin cuyo requisito nadie podrá usar caballo hasta tanto que se den por terminadas las operaciones.

Art. 8.º Los caballos que desde la publicación de este decreto sean trasladados de unas localidades á otras dentro ó fuera de la Península, ó vendidos ó ocultados para eludir la ley, á más de ser declarados de propiedad de la Nación, pagarán sus dueños en metálico el duplo de su valor con arreglo á los informes que deberán facilitar á las Diputaciones provinciales los Ayuntamientos de los pueblos á que pertenecieran.

Art. 9.º Los caballos que deban ser requisados se presentarán en los días que los capitales generales determinen en los puntos que consideren más á propósito, á fin de que la requisita sea hecha con brevedad según lo permitan las circunstancias del país y las fuerzas que puedan disponer para el servicio, custodia y conducción de los mismos, á cuyo efecto se pondrán de acuerdo los expresados capitales generales con el brigadier jefe de la sección de caballería del ministerio de la Guerra.

Por el ministerio de la Gobernación, con fecha 18 de Septiembre, se publica un decreto disponiendo rija el sucesivo y con las modificaciones aprobadas por el Gobierno, la Ordenanza de 14 de Julio de 1832 para el régimen, constitución y servicio de la milicia nacional local de la Península é islas adyacentes restablecida por la ley de 2.º del actual.

Por el ministerio de Ultramar, se publica, con fecha 13 de Septiembre, una orden, resolviendo que todos los empleados civiles residentes en la Antilla, puedan rematar fondos por cantidad hasta la mitad de sus haberes, con destino exclusivamente para sus familias, cuyo importe se recibirá en la Tesorería general de esta isla en concepto de *rematas del Tesoro de la Península*, por el que se satisfará á los parientes ó representantes de los imponentes completamente autorizados, las cantidades giradas por los mismos, debiendo sufrir el descuento de un diez por ciento por razón de giro, que podrá hacerse á voluntad de los interesados, por las cajas de Cuba ó por el Tesoro central.

De nuestro colega *El Imparcial* tomamos los dos siguientes sueltos:

«Es muy probable que mañana aparezca en la *Gaceta* el nombramiento del marqués del Duero para general en jefe del ejército del Norte.

«Se sugiere una nueva combinación de gobernadores dentro de muy breves días.»

DESPACHOS TELEGRÁFICOS

(Agencia Fabra.)

VIENA 18.—Los periódicos de esta capital se felicitan de la venida del Rey Víctor Manuel. Algunos la atribuyen gran importancia política.

NEUYORK 18.—Ha ocurrido un terrible incendio en Chicago. Las pérdidas ascienden á una cantidad considerable.

PERPIÑAN 18.—Los jefes carlistas Saballs y Castells han llegado á esta ciudad.

PARIS 18.—Los periódicos legitimistas aseguran que ya no se está lejos del término para llegar á un acuerdo entre legitimistas y orleanistas.

LONDRES 18.—Consolidados ingleses, á 92 1/2. El exterior español á 19 3/4.

PARIS 18.—En la Bolsa se han cotizado:

El 3 por 100 francés á 57.

El 4 1/2 por 100 id. á 82,07 1/2.

El 5 por 100 id. á 92,01 1/2.

El exterior español, á 20.

En el Bolsin se han hecho:

El exterior español, á 19 3/4.

El interior español á 15 7/8.

Consolidados ingleses á 92 1/2.

CÓRTEES CONSTITUYENTES

Extracto de la sesión celebrada el día 19 de Septiembre de 1873.

PRESIDENCIA DEL SR. D. NICOLÁS SALMERÓN.

Abierta la sesión á las cuatro y media se leyó el acta de la anterior y fué aprobada.

Algunos diputados quisieron hacer preguntas, pero el señor presidente dijo que no era día de ello, y que podrá hacerlo mañana en que será la última sesión.

El Sr. Chao apoyó una proposición sobre la construcción de un ferrocarril en Galicia.

Al preguntarse si se trataba en consideración, algunos diputados de la minoría pidieron que la votación fuera nominal.

Refundida esta resultó tomada en consideración por 78 votos contra 25.

Puesta á discusión, usó de la palabra en contra el Sr. Perez Costales, oponiéndose á la prórroga que se solicitaba á favor de la empresa del ferrocarril del Noroeste.

Le contestó el Sr. Cacho sosteniendo la conveniencia de que no se declare caducada la concesión hecha á aquella empresa, porque en otro caso podrían perderse los grandes sacrificios hechos para construir una línea férrea tan provechosa á los intereses del país.

El Sr. Plá Huidobro consumió el segundo turno en contra diciéndolo que para conceder la prórroga que propone el Sr. Cacho, es necesario imponer ciertas condiciones á la empresa concesionaria.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Yo quisiera que el Sr. Huidobro leido el decreto y la ley y se hubiera penetrado de la aspiración del ministro de la Gobernación al formar esa comisión compuesta de respetables individuos que han pertenecido á la milicia, así como de la misión que esta comisión tiene que desempeñar. Si eso hubiera hecho S. S., se habría evitado distraer la atención de la Cámara, y á mí el disgusto de molestarla de nuevo.

He dicho terminantemente que el art. 2.º de la ley determina que ha de haber milicia voluntaria y milicia local. Esto fué perfectamente declarado cuando se discutió la ley, y S. S. no opuso la menor dificultad.

El ministro de la Gobernación estaba autorizado por las Cortes para hacer la reforma conforme á las explicaciones que aquí se habían dado, y así lo ha hecho; no es, por tanto, esta la ocasión de discutir la ley.

Respecto á la comisión, diré á S. S. que no se había nombrado para reformar las ordenanzas del art. 22, sino para redactar el reglamento, acerca del cual ignora S. S. que nada tiene que ver con la ordenanza ya publicada como ley en la materia.

El Sr. ARMENTIA: No puedo menos de pedir la palabra, por no satisfacerme cumplidamente las explicaciones que ha dado el señor ministro de la Gobernación; además que tengo un deber ineludible de defender á la milicia de Madrid, y sobre todo, de pedir aclaraciones amplias.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Cervera): Su señoría

tiene el derecho de hablar para alusiones personales, pero no para aclaraciones.

El Sr. ARMENTIA: Si el señor presidente no me deja basar la alusión, no podré continuar en el uso de la palabra.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Cervera): Puedo concederle á S. S. la palabra para alusiones, no para otra cosa.

El Sr. ARMENTIA: El Sr. Estévez ha aludido aquí á los jefes de la milicia; como tal, me considero aludido, por más que aquí está investido con el carácter de diputado; pero como yo no puedo dividirme en dos, tengo que ser diputado y comandante en una sola persona.

Se está tratando de la cuestión de milicia, y por lo tanto, como aludido.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Cervera): Señor diputado, S. S. tiene que usar de la palabra como diputado de la Nación para alusiones personales.

El Sr. ARMENTIA: Como diputado de la Nación haré uso de la palabra, ciñéndome á la cuestión de milicia.

El art. 1.º de las disposiciones transitorias dice:

«Todos los cuerpos de milicias, etc.» (Ley.)

Yo no puedo menos de decir al señor ministro de la Gobernación si la milicia actual de Madrid, que tantos servicios ha prestado, que tantas pruebas de cordura y patriotismo ha dado, y que quizá por muchos no se tengan en cuenta; si la milicia de Madrid, modelo de todas las milicias habidas y por haber, no ha de merecer siquiera el respeto de este Gobierno para que conserve su organización actual. No puedo menos de decir que me es doloroso y triste manifestar que un Gobierno tan reaccionario como el del señor Sagasta respetó la milicia que había entonces en Madrid cuando dió su célebre decreto sobre la organización de la misma; y este Gobierno, que no tiene en cuenta para nada los servicios de la milicia, que no tiene en cuenta para nada el que á esta milicia se le han dado muchos motivos para...

El Sr. VICEPRESIDENTE (Cervera): Señor diputado, está S. S. fuera de la alusión.

El Sr. ARMENTIA: Señor Presidente, si la mesa no me deja alguna expansión para lo que tengo que manifestar respecto á las alusiones, no podré menos de sentarme; pero sabrá la milicia de Madrid, sabrá España, sabrá toda la Nación, que la mesa no deja á un diputado, que es á la par comandante de la milicia, defenderla en lo que aquí parece que hay ofensa.

Se ha manifestado, según mi pobre opinión, que á la milicia de Madrid, digna de todo respeto, se le quiere desarmar de una manera indirecta, por más que dé el señor ministro de la Gobernación varias explicaciones, siempre y cuando que S. S. no publicará una aclaración en la *Gaceta* á la primera disposición transitoria. De lo contrario, la alarma hoy de los voluntarios de Madrid tiene que ser tanto más justificada, cuanto que no se ha contado con la milicia de Madrid, y si se ha contado con otros cuerpos cuando ha creído el Gobierno que pudiera peligrar en algún tanto el orden público, siendo así que la milicia de Madrid, desde sus primeros jefes hasta el último de sus individuos, han dado palabra de conservar y ser el sostén del orden en Madrid y han dado pruebas evidentes y prácticas de que saben cumplir ante todo como fuerza armada, por más que sus ideas sean más avanzadas que algunas que aquí se emiten por algunas fracciones de la Cámara y algunos Gobiernos que se han llamado republicanos federales, pero que en la práctica no lo han probado como lo ha probado la milicia de Madrid.

El Sr. Ministro de la Gobernación me dice que no está dispuesto (según infiero por un signo de cabeza que le he visto) que no está dispuesto á hacer una aclaración en la *Gaceta*. Pues si no está dispuesto el señor ministro de la Gobernación á hacer una aclaración en la *Gaceta*, no puedo menos de decir que lo expuesto por el Sr. García Marqués, por más confianza que se pudiera tener en el señor ministro de la Gobernación, por más protestas que haga el señor ministro de la Gobernación de que tiene muy en cuenta esta alta institución...

El Sr. VICEPRESIDENTE (Cervera): No puedo permitir que S. S. continúe en el uso de la palabra, si no se ciñe á la alusión.

El Sr. ARMENTIA: Estoy ciñéndome á la alusión, y siento tanto más que el señor presidente no me permita alguna expansión en esta cuestión, cuanto que es grandísima por todos conceptos...

El Sr. VICEPRESIDENTE (Cervera): No le permite el reglamento.

El Sr. ARMENTIA: Señor presidente, no me he salido de la alusión, y siento mucho tener que discutir con la mesa, puesto que no me he separado una vez todavía de la cuestión milicia y apelo al buen criterio de la Cámara.

Por lo tanto, puesto que el Sr. Estévez ha manifestado aquí que los comandantes de la milicia que son diputados expongan su opinión, y la mesa me concede la palabra para alusiones, yo no me he salido de un ápice de la cuestión, y apelo al criterio del señor presidente.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Cervera): El presidente replica á S. S. que se ciña á la alusión.

El Sr. ARMENTIA: El art. 2.º de las disposiciones dice que el armamento que exista en poder de los batallones actuales podrá recogerse y distribuirse de nuevo los inspectores de provincia, en uso de las facultades que por esta misma ordenanza se les confieren.

«Me quiere decir el señor ministro de la Gobernación...

El Sr. VICEPRESIDENTE (Cervera): No puede V. S. preguntar al señor ministro de la Gobernación...

El Sr. ARMENTIA: Tendré que preguntar entonces á la entidad cuestión milicia. Yo no entiendo la cuestión, según el criterio del señor presidente.

Siento mucho que se coarte aquí la libertad y el derecho de un diputado que cuando se le alude tiene que defenderse, y la cuestión que se debate alane á su personalidad.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Cervera): Estoy concediendo á S. S. toda la latitud para que hable cuanto guste, ciñéndose á la alusión; pero no puedo permitir á S. S. que haga preguntas al Gobierno, porque no me autoriza para ello el reglamento.

El Sr. ARMENTIA: Yo no puedo menos de manifestar, como ha indicado el Sr

